



El Papel De Los Laicos En La Liturgia

Nunca en la historia de la Iglesia se ha enfatizado tan dramáticamente el papel absolutamente esencial del laico como lo es ahora. Particularmente desde el Concilio Vaticano II, la Iglesia ha pedido una renovación en la vida y el papel de los laicos. Sin embargo, entre los fieles sigue existiendo una falta de comprensión fundamental de la vocación laica y su papel en la misión de la Iglesia.

Para muchos, existe la noción de que la única vocación real en la Iglesia es el sacerdocio y los religiosos ordenados o prometidos. Ellos creen que "la Iglesia" es el oficio ordenado y solo las personas con hábitos o collares están llamadas a servir. Muchos piensan que el papel de los laicos es ayudar en la parroquia y que no están llamados a desempeñar un papel integral en la misión de la Iglesia.

Pero, en realidad, la verdadera enseñanza de la Iglesia es que los laicos tienen un papel distinto y muy real en la difusión del Evangelio. La Iglesia necesita desesperadamente laicos para asumir el desafío de Jesús en Mateo 28:19: "Id, y haced discípulos a todas las naciones". La Iglesia enseña que, en dignidad, los laicos son absolutamente iguales a los de la vida ordenada y religiosa. En la misión, el trabajo de los laicos es el medio crucial por el cual el mundo se encuentra con Cristo.

Son Todos Llamados

El documento central del Concilio Vaticano II fue *Lumen Gentium*, la Constitución Dogmática de la Iglesia, que traduce como "La luz de naciones". El corazón de este documento es su enseñanza en el capítulo cinco que nos recuerda que el llamado a la santidad no se limita a un estado en la vida, sino que es universal, abarcando a todos los cristianos bautizados. "Fortificados por tantos y tan poderosos

medios de salvación, todos los fieles, cualquiera sea su condición o estado, son llamados por el Señor, cada uno a su manera, a esa santidad perfecta por la cual el Padre mismo es perfecto (*Lumen gentium*, 11)." El llamado a la santidad no es solo para algunos, es para todos. Esta es la vocación fundamental de todos los creyentes.

Sin embargo, muchos de los entendimientos comunes de los laicos existen porque a menudo se definen por lo que no son los laicos. Esto es erróneo. Los laicos no son sacerdotes. No son religiosos. Por lo tanto, muchos asumen que no tienen una vocación, que no tienen una misión.

La Iglesia, sin embargo, define a los laicos por lo que *son*: partícipes en el oficio de Cristo de sacerdote, profeta y rey, poseedores de una vocación importante, y participantes críticos en el cumplimiento de la misión de la Iglesia.

Es fundamental darse cuenta de que, según la Iglesia misma, la vocación y misión de los laicos se deriva del llamado universal a la santidad y la recepción del bautismo. Se fortalece aún más a través de la confirmación. El lugar y el trabajo en el cuerpo de Cristo son dados a los laicos directamente, por el Espíritu Santo, no indirectamente a través del oficio ordenado.

Cada persona ha sido llamada por Dios a su propia vocación y misión específica. Los laicos están llamados a compartir la misión de la Iglesia de Cristo al vivir en medio del mundo y abordar todos sus problemas y preocupaciones con el mensaje divino de la salvación.

Los obispos y sacerdotes, como miembros del Cuerpo Místico de Cristo, tienen la importante tarea de enseñar, santificar y gobernar, precisamente para que la gran mayoría del Cuerpo Místico de Cristo, que es el laicado, pueda hacer el trabajo de evangelizar, santificando, y renovando el resto del mundo más allá del santuario. "Aunque difieren esencialmente y no solo en grado... (Ellos) son, sin embargo, ordenados el uno al otro; (ya que) cada uno a su manera propia comparte el sacerdocio de Cristo (*Lumen gentium*, 10)."

Roles En La Liturgia

El sacerdote tiene un papel único en el altar, al igual que nosotros, los laicos tenemos un papel único en el mundo. En la fiesta Eucarística, el





sacerdote, al celebrar la misa, no deja de ser él mismo. Como hombre, el sacerdote sigue siendo un discípulo, un pecador que necesita la misericordia de Dios. Y, sin embargo, vinculado directamente al sacrificio de Cristo en la cruz, el sacerdote, en virtud del sacramento de las Ordenes Sagradas, se encuentra *in persona Christi* en la misa. Ofrece más que pan al Padre. Él se ofrece a sí mismo. De una manera muy tangible, él es Jesucristo entre nosotros. Eso hace que el papel del sacerdote *en el altar* sea único. Como el Catecismo nos recuerda, "Cristo es la fuente de todo sacerdocio: el sacerdote de la antigua ley era una figura de Cristo, y el sacerdote de la nueva ley actúa en la persona de Cristo (CCC, 1548)."

Los laicos, sin embargo, tienen autoridad real, competencia real y dones reales que tenemos el deber de ejercer en el mundo para cumplir la misión en la que hemos sido enviados. Cuando se trata de la celebración litúrgica de la parroquia, los laicos son bienvenidos a participar en una gran variedad de roles:

- Servidor del Altar
- Ministros extraordinarios de la Santa Comunión
- Ministros de hospitalidad
- Músicos
- Lectores
- Sacristanes
- Ujere de la Iglesias

No aparece en la lista anterior y, a menudo, se pasa por alto el papel de la asamblea. Esto es, aparte del papel que desempeña el sacerdote, el más importante. *Sacrosanctum Concilium* nos recuerda que debe haber una "participación plena y activa de todas las personas" (SC, 14), ya que este "es el objetivo a considerar antes que todo lo demás (SC, 14)." La asamblea debe *participar* en cada momento de la celebración litúrgica, incluso (y especialmente) en aquellos momentos que requieren silencio, porque es en esos momentos que podemos escuchar a Dios hablar a nuestros corazones con mayor claridad. Toda celebración litúrgica es una acción de Cristo *y de toda la Iglesia*. Durante una celebración de la misa, o de cualquier liturgia, hay ministros que parecen estar haciendo el 'trabajo' y si bien es cierto que algunos miembros de la comunidad tienen tareas específicas que cumplir, la liturgia es celebrada por todos los presentes, según a sus papeles propios.

Sería fácil pensar en la participación en la misa como "simplemente" cantando los himnos o diciendo las respuestas, pero la asamblea está haciendo mucho más que eso. Primero, la asamblea ofrece acción de gracias y sacrificio a Dios, principalmente uniendo sus oraciones a las del sacerdote, pero también a través de su propia ofrenda a través de oraciones

individuales. Segundo, la asamblea se une a nosotros mismos a través de los gestos, respuestas y aclamaciones que pertenecen a la asamblea.

Discerniendo Nuestro Papel

Dado que una celebración litúrgica es la acción de toda la Iglesia, todos tienen una obligación mutua. El antiguo escritor Tertullian escribió que cada miembro de la comunidad de la iglesia tiene la responsabilidad de todos los demás miembros, de apoyarse mutuamente en la liturgia a través de sus oraciones y su presencia. Esta obligación secundaria de ninguna manera reemplaza o reduce nuestra obligación de domingo. En cambio, refuerza la necesidad de que todos los bautizados continúen, como comunidad, la obra salvadora iniciada por Jesús.

En la celebración de la misa, nos unimos a Jesús en su sacrificio Pascual. También nos unimos en unidad y comunidad, para que podamos convertirnos en el único Cuerpo de Cristo, un testimonio de salvación para el mundo. Como miembros de la asamblea, logramos todo esto a través de nuestra participación plena, consciente y activa en cada celebración litúrgica.

Depende de cada uno de nosotros discernir en oración el llamado a servir en nuestra parroquia. No podemos discernir nuestro llamado a servir solos. Debemos escuchar la Palabra de Dios, hablar con los demás y considerar en oración dónde se pueden poner nuestros dones al servicio de la comunidad parroquial.

Formación Continua

Finalmente, la formación continua es esencial para todo bautizado católico. Del mismo modo que no podemos discernir nuestro llamado por nuestra cuenta, no podemos cumplir nuestra misión dada por Dios por nuestra cuenta. Debemos estar comprometidos con la formación continua y una vida de oración, y vida virtuosa. Más que nada, debemos estar abiertos a permitir que Dios trabaje a través de nosotros.

La persona principal responsable de nuestra formación no es el Papa, nuestro obispo, ni siquiera nuestro pastor. Tenemos la responsabilidad principal de conocer y vivir nuestra fe. Debemos aprender el Catecismo. Debemos estudiar las Sagradas Escrituras. Debemos participar plena y activamente en la Misa. Debemos permanecer cerca de los Sacramentos.

Necesitamos laicos bien formados, animados por una fe sincera y clara, cuya vida ha sido tocada por el amor personal y misericordioso de Cristo Jesús. (Papa Francisco, 6.17.16)